

Paul Theroux

Hotel Honolulu



Un escritor que sufre un bloqueo creativo emprende una nueva vida en Hawái al frente de un sórdido hotel devorado por las ratas.

Por sus habitaciones desfilan estrellas de cine, periodistas, pintores, suicidas, adúlteros, divorciados, recién casados, prostitutas, submarinistas, contables, retirados... todos llenos de secretos, todos dueños de una historia.

Testigo de las caóticas vidas de los huéspedes y las peculiares costumbres y ritmos isleños, termina por hallar la salvación personal retomando una vez más la escritura. El resultado es esta hilarante novela.

*Hotel Honolulu* es divertida, trágica y conmovedora; reboza sexo, amor y muerte, y se acerca al mito exótico de Hawái como paraíso vacacional desde una nueva perspectiva. Como en sus novelas y libros de viajes, el autor de *La costa de los mosquitos* expone sus referentes literarios y sitúa en un mismo plano lo verídico y lo verosímil buscando siempre el juego de la provocación.

1

## EL PARAÍSO PERDIDO

Nada me resulta tan erótico como una habitación de hotel, tan imbuida de vida y muerte. Buddy Hamstra me ofreció un empleo en un hotel de Honolulu y se burló cuando acepté tan aprisa. Había estado intentando comenzar una nueva vida, como hace la gente cuando huye a lugares lejanos. Hawai era un paraíso con denso tráfico. Conocí a Sweetie en el hotel, también trabajaba allí. Un día en que estábamos solos en la cuarta planta le pregunté: «¿Quieres hacer el amor?». Y ella me dijo: «Parte de mí, sí». ¿Y esa sonrisa? Al final acabamos haciéndolo, más adelante con frecuencia, y siempre en la misma habitación vacía, la 409. Sweetie se quedó embarazada y nació nuestra hija. De modo que, al año de mi llegada, tenía mi nueva vida y, como dijo el escritor tras la crisis, encontré nuevas cosas de que ocuparme. Era director residente del Hotel Honolulu, ochenta habitaciones roídas por las ratas.

Buddy, el dueño del hotel, dijo: «Somos multiplanta».

Me gustó la palabra y su expresión *multiojo*.

Las habitaciones eran pequeñas, el ascensor era estrecho, el vestíbulo era minúsculo, el bar era un simple rincón.

–Pequeñas, no –puntualizó Buddy–. Europeas.

Había llegado a estas verdes islas silenciosas, humillado y sin blanca de nuevo, la mente embotada, sintiéndome de más, fuera del negocio de la literatura, y tratando de empezar de cero a los cuarenta y nueve. Un amigo mío me recomendó a Buddy Hamstra. Solicité este empleo. No por material, sino por el dinero. Necesitaba trabajo.

–Mi director es el típico blanco local, un retrasado –me informó Buddy–. Le gusta que le ayuden. Siempre anda detrás del alcohol. Mete las narices en las habitaciones de los huéspedes.

–Eso no está bien –dije.

–Y esta semana la jodió bien.

–No está nada bien.

–Necesita tratamiento –afirmó Buddy en su peculiar jerga–. Tiene mucho equipaje.

–Quizá sea eso lo que le gusta del hotel: que tiene un lugar donde dejarlo.

Buddy puso cara de escepticismo y añadió:

–Tiene gracia.

La idea de las habitaciones en alquiler me atraía. Compartida por tantos extraños soñadores, cada habitación vibraba con sus secretos, como polvo furibundo en un rayo de sol, sus sudores nocturnos, los ecos vacilantes de sus voces y sus fantasías horizontales; y algunos olores ambiguos, los átomos dejados atrás y los residuos de todos los que estuvieron en ella. La habitación de un hotel es más que un símbolo de intimidad; es el mismo santuario de la intimidad, sembrado de la parafernalia esencial y los fetiches familiares de sus rituales. Asignando gente a esas habitaciones, creía ser capaz de influir en sus vidas.

Buddy Hamstra era un hombre grande, blasfemo, de ojos perrunos, pantalones cortos caídos, fumador empedernido y bebedor contumaz. Lo apodaban Atún. Era la pesadilla de casi todo el mundo, un millonario imprudente con los valores de un delincuente y una risa que más parecía un ladrido. Le gustaba decir: «Soy un auténtico hijo de

perra». Era del continente: Sweetwater, Nevada. Pero fingía ser peor de lo que era. Tenía esa especie de mirada diabólica que delataba una mente en movimiento.

—¿A ti qué te va, alcohol o yerba?

Nos habíamos conocido en el bar de su hotel. Tenía un cóctel en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Tengo unos cogollos letales —aseguró.

—Tomaré una cerveza.

Hablamos de cosas triviales —de sus tatuajes, de un eclipse de sol venidero, del precio de la gasolina y del origen de la yerba que estaba fumando— antes de ir al grano, y de repente me preguntó:

—¿Tienes experiencia en hoteles?

—He dormido en muchos hoteles.

Soltó uno de sus ladridos. Y después, sin aliento por la risotada, se quedó boquiabierto y lanzó una bocanada de humo azul. Finalmente se recuperó y dijo:

—Mira, yo he conocido a un montón de caraculos, pero eso no me convierte en proctólogo.

Reconocí que no tenía experiencia, que nunca había dirigido un hotel, que era escritor, había sido escritor. Todo lo que había emprendido, lo había emprendido mentalmente. No me gustó nada decirle eso. Mencioné algunos de mis libros, ya que me preguntó, pero no lo registró. Eso me agradó. No quería tener pasado.

—Debes de ser estupendo inventando nombres —dijo—. Siendo como eres escritor.

—Forma parte del juego.

—También forma parte de un hotel. Dar nombre a los restaurantes, a los salones, a las salas públicas. Darle nombre al bar.

La mención del bar me hizo alzar la vista y darme cuenta de que nos encontrábamos en el salón El Paraíso de Momi.

Buddy bebió un trago, retuvo el líquido en la boca, frunció el ceño, se lo tragó y prosiguió:

–Nuestro director es un completo idiota. Y además peligroso.

–Peligroso... ¿en qué sentido?

–Discute con un huésped, ¿estamos? El huésped sale de estampida. Cuando vuelve comprueba que el director le ha tapiado la puerta, ha aislado toda la habitación. Y va y dice que era la habitación del huésped, pero que es nuestra puerta.

Traté de imaginarme a un huésped abriendo la puerta y viendo ladrillos recién puestos donde debería haber una entrada.

–Otro huésped (un plasta, te lo aseguro), el director le puso unos peces en la taza, para que no pudiera usarla, pero el huésped tiró de la cadena, así que el director le llenó el baño de espuma industrial. –Buddy se llevó la bebida a los labios, con aire pensativo—. Alguien le pregunta: «¿Qué pasa contigo?». Y el director va y dice: «La masturbación te quita inteligencia. Vaya, yo podía haber sido un genio».

En ese momento sonó el teléfono móvil de Buddy. Contestó, me tendió su tarjeta y me susurró que fuera a verlo al día siguiente a su casa de la costa norte. Después explotó por teléfono. Al oírlo chillarle a quienquiera que fuese, me di cuenta de lo educado que había estado conmigo.

Cuando lo encontré al día siguiente, Buddy estaba viendo una televisión inaudible. Como estaba tumbado y menos animado, parecía más vicioso. Estaba en una hamaca en uno de los porches de su casa, una gran construcción cuadrada con porches similares a cajones abiertos de un escritorio que se alzaba entre palmeras susurrantes junto a la playa de Sunset Beach y a las envolventes, impetuosas olas. El sonido del oleaje ahogaba el sonido del programa de televisión que estaba viendo. Las mu-

jeros en bañador de la televisión no eran ni la mitad de atractivas que las de la playa, por debajo de donde él se encontraba.

–Este director *lolo* –dijo, revirando los ojos, continuando por donde lo habíamos dejado–. Te pondré otro ejemplo. Ve a una huésped muy guapa y se presenta. La acompaña hasta su habitación, contemplan la vista desde su terraza y él dice: «Discúlpame». Entra en el váter y echa una ruidosa meada. –Buddy sacudió la cabeza en señal de desaprobación–. La mujer se pega tal susto que se marcha.

Mientras escuchaba, vi una rata moviéndose lentamente por el zócalo de la gran casa de Buddy como una hoja arrastrada por el viento.

–Tiene una camilla de masaje profesional en una habitación. Le ofrece masajes a las mujeres. De vez en cuando se pasa de la raya. A algunas les gusta; a otras, no. Se quejan.

–¿Es masajista titulado?

–Es un salido. Como dije, la jodió bien.

Me reí a mi pesar y Buddy se unió a mí con sus ladridos. Esta segunda vez que vi a Buddy me pareció más diabólico. Verlo balancearse en la hamaca, como un gran pez en una red, me trajo a la mente su apodo. Sujetando un vaso de vodka en la cúpula de su barriga, Buddy enumeraba los deslices del director. El tío bebía y se ponía en evidencia. Metía la zarpa en la caja registradora. Insultaba a los huéspedes, empleando a veces un lenguaje soez. Lo habían pillado durmiendo en su despacho. Era aficionado a ofrecer tratos a huéspedes que le habían hecho favores, razón por la cual el hotel contaba con varios residentes indefinidos a quienes no podía desalojar. Disfrutaba despistando a la gente y se frotaba las manos cuando ésta se extraviaba.

–Esta semana se hundió bien en la mierda –relató Buddy–. Tuvo un pequeño flirteo con una de las huéspedes.

Ella era una zorra, pero estaba casada: estaba de vacaciones con su marido. Después de que este director de mierda le hiciera el amor, ella perdió el conocimiento y él le afeitó el vello púbico. ¡Y ella se lo tuvo que explicar al viejo! –Buddy chasqueó la lengua, me miró fijamente y me preguntó–: ¿Tú qué opinas?

Me reí tanto con tan extraño atropello que no podía responder. Pero también me sentía violento. En el mundo que había dejado, la gente no hacía esas cosas.

Buddy dijo:

–La risa de una persona dice mucho de ella.

Eso me cohibió, de modo que dije:

–El tipo parece bastante pintoresco. Pero no sé si lo querría al frente de mi negocio.

–Dijiste que los escritores son buenos inventando nombres –recordó Buddy–. Necesitamos un nuevo nombre para el bar.

–El Paraíso de Momi no está mal.

–Salvo que Momi es mi exmujer. Solía atender el bar. Nos divorciamos, sin más. Mi nueva *wahine*, Stella, odia ese nombre, así que...

Se incorporó en la hamaca para mirarme de frente. Y yo intenté pensar con todas esas distracciones: la televisión, las olas batiendo, las mujeres en bikini de la playa, la rata huyendo.

–¿Qué te parece El Paraíso Perdido?

Buddy no dijo nada. Se quedó muy quieto, pero le bullía la mente. Percibí un sonido tenso, como el rugido de un motor apremiante. Más tarde llegaría a reconocerlo como su forma de devanarse los sesos, el cerebro runru-neando como una máquina vieja, impulsada por un resorte, y el movimiento murmurante de su mecanismo saliéndole por la boca. Finalmente, en un susurro, dijo:

–El Paraíso Perdido... es el nombre de... ¿qué? ¿Una canción? ¿Un cuento?

–De un poema.



—De un poema. Me gusta.

Y se relajó. Dejé de oír el mecanismo de correas deslizando y muelles estirándose y ruedas dentadas engranándose en su humedecida frente.

—Lo harás de maravilla.

De modo que conseguí el empleo. ¿Porque era escritor? Buddy no leía, lo cual hacía que la palabra impresa fuera como magia para él, y quizá le tuviera un respeto exagerado a los escritores. Él era un jugador y yo era una de sus apuestas. Era uno de los últimos de una estirpe en extinción, un pícaro en el Pacífico. El hecho de que me contratara era otro ejemplo del riesgo audaz del que se jactaba.

—El personal es estupendo —afirmó—. Hará tu trabajo, y el resto es cuestión de práctica. Pero necesito a alguien que parezca que sabe lo que hace.

—Lo intentaré.

—No se trata de ingeniería espacial —afirmó Buddy—. Y tienes los requisitos básicos.

—¿Y eso?

—Que eres un blanco del continente. —Se echó a reír, se acomodó aún más en la hamaca y me despidió.

Pronunciada en Hawai, la palabra «continente» me sonó a «Planeta Tierra».

## 2

**NÁUFRAGOS**

Siempre que me sentía de más, una sensación por otra parte familiar, me recordaba a mí mismo que dirigía un hotel multiplanta. La gente de Hawai me preguntaba cómo me ganaba la vida. Nunca decía: «Soy escritor» –nadie habría conocido mis libros–, sino: «Dirijo el Hotel Honolulu». Eso me daba una vida y, entre los granujas, cierta categoría.

Al cabo de treinta años de recorrer mundo, y de treinta años de libros, me habían contratado por ser un blanco, un *haole*. Había ganado y perdido: no fortunas, sino lo justo para vivir; perdido casas, perdido tierras, perdido familia, perdido amigos; adiós a coches, a mi biblioteca. Otros se sentaban ahora en preciosas sillas que yo había comprado y contemplaban cuadros que una vez fueron míos, colgados de paredes que yo había pagado.

Nunca había tenido un plan B. Mi idea era no detenerme. Hawai parecía un buen lugar para empezar de cero. Este hotel era ideal. Buddy lo entendió. Parecía ser el tipo de hombre que también había perdido mucho en la vida: esposas, casas, dinero, tierras; libros no. Necesitaba un descanso de todo lo imaginario, y sentí que asentándome en Hawai, y no escribiendo, volvía al mundo.

No estábamos en la playa. Éramos el último hotel de Honolulu, pequeño, caduco. «Es una especie de hotel-boutique», afirmó Buddy. Había ganado el lugar en una apuesta a principios de los sesenta, cuando los aviones empezaban a sustituir a los transatlánticos. Ya entonces el hotel era una reliquia. Con eso y con la subida de los precios del suelo en Waikiki, estábamos seguros de que nos comprarían como derribo y seríamos reemplazados por un edificio grande y feo, uno de las cadenas. Cuando me paraba a pensar en nuestro destino cierto, se me agudizaba la memoria. Recordaba lo que veía y oía, cada detalle efímero, y me convertía en un hombre en el que nada caía en saco roto.

Había residentes y algunas personas que pasaban el invierno, pero la mayoría de los huéspedes eran extraños. Para cuando abandonaban el hotel, los conocía tanto como quería, y en algunos casos los conocía bien.

«¡Éste es el ganador!», exclamó Keola, el portero, mi primer día, dándome la bienvenida al hotel. Pero no había mucho que yo pudiera hacer. Buddy tenía razón cuando me dijo que el personal llevaba el lugar. Peewee era el chef. Lester Chen, mi número dos. Tran y Trey eran camareros. Tran era un emigrante vietnamita. Trey era un surfista de Maui; también tenía un grupo de rock, llamado Sub-Dude, antes conocido como Meat Jelly, hasta que todos los miembros del grupo encontraron a Jesús. «Jesús fue el primer surfista, tío. Caminaba por el agua», me comentó Trey en más de una ocasión. «Yo hago surf por Cristo». Charlie Wilnice y Ben Fishlow eran nuestros camareros temporales. Keola y Kawika hacían el trabajo sucio. Me gustaban porque no eran muy curiosos. Sweetie fue gobernanta durante un tiempo. Había crecido en el hotel, junto a su madre, Puamana, otra de las apuestas de Buddy.

«En un hotel pequeño ves lo mejor y lo peor de la gente», me dijo Peewee. «En cuanto a éste, estamos en las is-

las, sí, pero aquí es donde duerme América. Y hay quien viene aquí a morir».

Éramos demasiado baratos para Japón, demasiado caros para Australia, estábamos demasiado lejos para Europa, teníamos poco que ofrecerles a los neozelandeses y no admitíamos mochileros. Quienes viajaban por negocios nos evitaban, salvo cuando estaban con prostitutas. De vez en cuando venían canadienses. Eran educados e intentaban no alardear. No olvidaban su presupuesto. Otra característica de la gente frugal: nada de chistes, o bien chistes malos. Los huéspedes canadienses nos despreciaban por no conocer su geografía, mientras que se avergonzaban de sus vastos espacios vacíos con nombres jocosos. Hablando, los canadienses también eran los primeros en mencionar que eran diferentes, por lo general diciendo: «Bueno, cómo iba a saberlo, yo soy canadiense». Una vez tuvimos a una familia mexicana. No se podía decir que nos encantaran los niños, pero Peewee tenía razón: América venía a nosotros.

La gente hablaba. Yo escuchaba. Observaba. Leía algo. Mis huéspedes estaban desnudos. A veces me inmiscuía, y todo ello pasó a ser mi vida: toda mi vida, una nueva vida en la que aprendí cosas que antes no sabía.

«Me quitaron una placa de la carótida», me contó Clarence Greer. El director de un hotel en Hawai escucha numerosos partes médicos, así como partes meteorológicos de casa. Los Scheeser eran de International Falls, donde la temperatura ese día era de casi treinta grados bajo cero. Jirleen Cofield me explicó cómo hacer un sándwich *po-boy*. Conseguí la receta del pastel de carne de Wanda Privett, y otras recetas, y aprendí que muchas de ellas, las del centro de América, añadían una lata de sopa. Me preocupaba ver a un hombre con peluquín. Me fiaba de la gente que ceceaba. Su diabético ha de tener cuidado con las infecciones en los pies. Me mostraba protector en exceso con los afroamericanos, siempre pensé que su linaje era

de los más antiguos de América. Trataba de entender la tristeza de los soldados, la melancolía de los militares. ¿Sería el uniforme? ¿Sería el corte de pelo? Escuché tantas historias que cejé en mi propósito de escribirlas; la cantidad en sí me bloqueaba y me hacía paciente. De vez en cuando, el día en que había de dejar Hawai, un huésped recorría las dos manzanas que había hasta la playa para sollozar al sol.

Me gustaba Hawai porque era un vacío. Aquí no existía más poder que el de la hacienda, ninguna sociedad merecedora de dicho nombre, tan sólo una cierta jerarquía. Existía una escala social, pero no podía subirse, y cuanto más alto se situaba la gente en ella, más tonta parecía, ya que todo el mundo conocía sus secretos. En unas islas tan pequeñas apenas si había privacidad, pues era imposible no toparse con nadie.

Hawai es volcanes calientes y fríos, cielos límpidos y océano abierto. Al igual que la mayor parte de las islas del Pacífico, es toda periferia, sin centro, muy superficial, muy estrecha, un conjunto de cuencos verdes boca abajo en el mar, los bordes del litoral rodeando las protuberancias de montañas porosas. Toda esta loza se halla sumida en una espesura verde de tal modo plegada que se oculta y suaviza. Sobre las brillantes playas se alzaban los magníficos dobleces verdes de las montañas.

El lugar se supo una vez vacío e inmutable, exuberante como el paraíso, un sosegado equilibrio de animales y plantas. Luego recibió la visita de los humanos. Más o menos en la época en que Chaucer escribió *Los cuentos de Canterbury*, la segunda y mayor oleada de polinesios se hallaba desembarcando de sus canoas de doble toro, entonando cánticos por haber encontrado tierra. Afirmaron que era suya, pero no eran más que náufragos. Impusieron una sociedad de reyes y plebeyos. Se comían a la gente. Veneraban a los dioses del fuego y del agua que habían traído consigo. El primer hierro de Hawai lo robaron

de los barcos del capitán Cook: fueron tantos los clavos que extrajeron de los maderos que los barcos perdieron gran parte de su navegabilidad. Con el hierro los isleños comenzaron a tallar la madera con más sutileza. Tras la llegada de las primeras canoas, las islas cambiaron. Los viajeros habían traído perros y cerdos. Los primeros blancos trajeron armas y gonorrea. Todo empezó de repente, y ese comienzo encerraba la decadencia. Ahora la mitad de la gente ni siquiera sabía nadar y todo lo que conocía era un párrafo cualquiera de historia imprecisa como éste.

Y luego estaba el sol. El sol de Hawai era tan deslumbrante, tan engañoso, y sin embargo teníamos al sol por nuestra fortuna. Creíamos mansamente: «El sol brilla cada día, ésa es nuestra bendición. Éste es un buen lugar por su luz. Estas islas son puras por el sol. El sol nos ha hecho virtuosos».

Al igual que los televisivos hombres del tiempo del continente se responsabilizaban personalmente del tiempo, todos nosotros aquí en Hawai nos atribuíamos el mérito del sol, como si lo hubiésemos descubierto nosotros y nosotros pudiésemos dispensarlo. «Forastero, agrádeme este día soleado» era nuestra actitud hacia los visitantes. El sol nos había sido concedido y lo estábamos compartiendo con esos refugiados extranjeros de lugares oscuros y nublados. El sol era nuestra riqueza y nuestro bien. La herejía hawaiana, pensada mas nunca dicha, era: «Somos buenos gracias al sol. Somos mejores que nuestros visitantes. Nosotros tenemos más sol».

Este engreimiento nos volvió descuidados e indiferentes. Qué más daba el exuberante entorno, la gente aquí era tan cruel y violenta y astuta como en cualquier otra parte, pero era más lenta y, por tanto, en apariencia afaible. De cerca, las islas eran desordenadas, frágiles e increíblemente sucias, con acantilados quebradizos y demasiados gatos salvajes y playas que las grandes olas lamían y azotaban hasta que el mar se las tragaba. Nuestro secre-

to era que odiábamos el calor y nos manteníamos apartados del sol. Los visitantes acababan con narices sonrosadas, hombros pelados, pecas, insolación y melanoma, mientras nosotros buscábamos las sombras.

«Dicen que el lema de Hawai es: *Hele I Loko, Haole 'Ino, Aka Ha'awi Mai Kala*: Vete a tu casa, escoria continental, pero déjanos el dinero», aseguró Buddy. «El verdadero lema es aún mejor: *Ua Mau Ke Ea O Ka Aina I Ka Pono*: La vida del país se perpetúa en la virtud. ¡Y una mierda!».

La semana que me contrató, Buddy dejó de venir al hotel. Me sentí aliviado. Buddy siempre me presentaba diciendo: «Eh, ha escrito un libro».

Lo odiaba. Y tenía que aprender mi trabajo. Él era el menos indicado para enseñarme. Solía estar borracho y tenía la estupidez, los cambios de humor y la jocosidad del borracho; se repetía; la bebida lo ensordecía.

Intentaba hacer gracias para agradarme, pero podía resultar pesado, sobre todo los chistes formularios que contaba para definirse, o sólo para impresionar. Me los conocía todos. El tío del bar que dice: «Yo antes creía que era vaquero, pero, caramba, supongo que soy lesbiana». Buddy diciendo en su horrible acento mexicano: «Si Dios no hubiese querido que nos lo comiéramos, ¿por qué le iba a haber dado aspecto de taco?». El elefante que le dice al hombre desnudo: «¿Cómo te las apañas para respirar por una cosa tan pequeña?». O el graznido de Buddy, que casi era un grito de guerra: «¡Veintitrés centímetros!». Las gracias del jefe siempre son los apuros del empleado.

Unos días después de que yo empezara en el hotel, Buddy me invitó a su casa para presentarme a su nueva mujer, Stella, a quien aún no conocía. Era de California, dijo.

—Es el instrumento de mi lujuria —afirmó Buddy, ofreciéndome una bandeja de *brownies*—. Los ha hecho Stella. Tienen yerba.